

«El mensaje decía lo siguiente: su hermano, el más joven de los tres, había muerto. Miembro de una división de la legión extranjera destinada en los trópicos desde hacía años, una “bala enemiga” lo había alcanzado en la cabeza. Muerto en el acto. “Su hermano no ha sufrido”».

La balada del último cliente

Peter Handke

La balada del
último cliente

Traducción de Carlos Fortea



Alianza Voces

Título original: *Die Ballade des letzten Gastes*

Primera edición: septiembre de 2026

© Foto de Drazen Nesic en Pixnio

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2023, Suhrkamp Verlag AG, Berlin
© de la traducción, Carlos Fortea Gil, 2026
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-288-7

Depósito legal: M-10499-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

1. Sobre la muerte de un forastero	11
2. La balada de El último cliente	45
3. La balada del último cliente	145

... πῇ κεν ὑπεκπροφύγοιμι;
... ¿adónde me podré refugiar?

Odisea, 20/43.

Quería empezar a tocar con una silenciosa tristeza...
y poco a poco aproximarse a un sentimiento
de profunda pena

CARSON McCULLERS, *Wunderkind*

1. Sobre la muerte de un forastero

Tiene que haber sido un día tranquilo de finales de verano o principios de otoño. El hombre en cuestión iba de camino a su región natal. Ya llevaba en camino unos días, en avión al principio de su viaje, luego había cambiado a un segundo avión, para volar por fin a su país de origen, luego a un tercero. El resto del trayecto lo había hecho en autobús, como en su infancia y en su etapa escolar, aunque en tren habría llegado mucho antes aquí, a la gran aglomeración.

Le alegraba pensar en los días que le esperaban —su semana de vacaciones— con sus padres y su hermana, mucho más joven que él, ¡y cómo!, y más aún, no, de distinta manera, pensar en el lugar, la aldea, el pueblo y el bosque, los pueblos vecinos y los bosques sucesivos, otra vez: no, más bien en lo que aún quedaba de todo eso aquí y allá, tanto en los centros como en los márgenes, después de décadas, fragmentario, como «rocas erráticas» invisibles a primera vista pero, de eso estaba seguro, existentes y listas para ser rastreadas. Solo que: ¿para qué? No había un para qué.

De vez en cuando, el autobús viaja, como al margen de toda civilización, por una carretera ancha y casi sin curvas, como por territorio despejado. Hacia todos los horizontes, a veces cerca, a veces lejos, una naturaleza sin personas; y él volvía a encontrarse en uno de los viejos autobuses regionales, que como marca en los flancos llevaba pintado, en vez del estirado y volador «Greyhound», un antílope que volaba por los aires de forma totalmente distinta, cuando no un delfín.

¿Así que otra vez las partidas de cartas vespertinas con el padre, que, salvo por el anuncio de las bazas, solían tener lugar en silencio? Estaba bien así. ¿Y otra vez el interrogatorio de la madre, mudo, tan solo con los ojos, que luego pasaba regularmente a un sonoro relato, en la cocina o en el banco del patio, a pesar de que —pensemos en que el patio ha quedado desplazado por todas las construcciones nuevas, parcela tras parcela, y finalmente borrado del mundo—, a un brazo de distancia del banco, había un muro de separación con los desconocidos vecinos, a los que solo se distinguía por sus voces? ¿Otra vez todas las historias maternas? Muy bien, muy bien. ¿Y otra vez las historias de hombres de la hermana, que iba a servirle con sus penas de amor al hermano mayor, desde siempre su persona de confianza, en el cobertizo convertido en vivienda de una sola habitación, todas aquellas penas de amor fraterno, esta vez posiblemente acentuadas por el sonoro intercalado de un, según la noticia, niño pequeño que justo ahora empezaba a tambalearse sobre sus piernecitas infantiles (ah, miedo desde el principio, a menudo cercano a algo parecido al sentimiento de culpa, en vista de todos esos retoños transportados y llevados en cochecito por las calles y plazas, aún sin un lenguaje habitual, especialmente en vista de, otra vez todos, esos ojos grandí-

simos)? ¿Por qué no? ¿Por qué no exponerse a eso, incluso, como hemos dicho, alegrarse, al menos ahora, todavía solo, aquí, en el autobús interurbano, que vive dios, no era viejo, sino como recién salido de fábrica, reforzado por el sonoro atronar, como venido de lejos, de unos motores imprecisos, lejano atronar, por momentos incluso un sonido venido de las profundidades, del profundo subsuelo, y además él el único de los pasajeros en las últimas filas, los otros dispersos, a distancia, aquí y allá una nuca? «¿Sí, por qué no? Ya veremos». —«¿Nosotros?». —«Sí, nosotros».

Llevaba mucho tiempo sin mujer, tampoco tenía hijos, vivía y trabajaba desde que había memoria —la suya— en otro continente, digamos «territorio» o, según su propio uso del lenguaje, «parte de la Tierra». (Que cada uno se imagine en cuál). Y allí, en el otro continente, para pasar esa semana en su casa, y de un día para otro, había interrumpido precisamente aquello para lo que —y, por otra parte, de lo que— vivía desde que tenía memoria, y que él llamaba «mis expediciones unipersonales». Y esta expedición había sido interrumpida después de alcanzar la penúltima etapa, en medio de los preparativos para la etapa final. ¿«Preparativos»? «Equipamientos».

Allí, al otro lado del mar, quién sabe por qué, le había parecido que formaba parte de tales equipamientos cubrir una etapa intermedia en su antigua región de origen. No había tenido ninguna idea del Qué y el Cómo de aquella etapa, como mucho, durante un momento, una intuición, sin una sola imagen, por fugaz que fuera. Tampoco la quería. ¡Nada de imágenes, sobre todo si tienen contornos definidos! Y aunque esperaba de vez en cuando algo «gráfico» que por así decirlo

amenazaba con venir volando desde atrás, daba, al menos en su interior, un paso a un lado para rehuirlo, como en una pista de baile o un terreno de lucha, y la flecha gráfica erraba el tiro. Y ahora, en la parte trasera del autobús interurbano, ya ni siquiera tenía una intuición de lo que podía esperarle en lo que se llamaba «su círculo natal», y no digamos de lo que había querido rastrear o buscar allí para poner término a su expedición. «¡No se me ha perdido nada en casa, nada!», se decía en silencio a sí mismo. —«Y precisamente eso es lo que te atrae». —«Sí, es extraño». —«O no». —«Sea como sea: alegría». —«No te la echas a perder, no seas tu propio aguafiestas, como ha ocurrido no pocas veces. No te salgas del sendero, amigo: ¡paso a paso!». —«¿Como pasajero, tranquilamente sentado?». —«Sí, también en silencio, un pasajero».

Hacía mucho que el autobús interurbano había doblado hacia la aglomeración. Sin transición, tomaba una curva, y otra, y otra. Luego, digamos después de cada tercera curva, era como si la carretera volviera a discurrir por campo abierto, hacia el ancho horizonte, o, al contrario, se hiciera visible algo parecido al centro, o por lo menos uno de los centros. Nada de eso: en su lugar, cada vez nuevamente la periferia, aunque una distinta en cada ocasión; y no una ajena o quizá incluso hostil, más bien, probablemente también gracias a las más bien suaves curvas, una (casi) amigable, a primera vista en cualquier caso (casi) acogedora. Lo llamativo era que de los muchos, o no pocos, rascacielos, cada uno de ellos se levantaba aislado, y el siguiente lo mismo, a un tiro de lanza, «en medio» comparado con el que se encontraba en primer plano —creando así (casi) un ritmo de todos los rascacielos de la gran aglomeración—, rascacielos que, en todo caso a primera vista, se alzaban «en campo

abierto», transformada la palabra del poeta en una de esas casas no tan altas de un siglo pasado. Encajaba con esto que en esa Ciudad Nueva que salpicaba menos que llenaba el paisaje también las líneas horizontales que se cruzaban y separaban, al menos las del fondo, parecían darle la bienvenida a él, el forastero, o el que ahora era un forastero aquí, y también los trenes locales, los tranvías y los metros elevados que transitaban sobre altos pilares, en forma de tangentes móviles inaudibles e incessantes, que integraban a la civilización los más remotos asentamientos. Al segundo o tercer vistazo reconoció incluso aquí y allá la torre de una de las «no muchas, pero tampoco pocas», iglesias de pueblo, torres a los pies de los rascacielos, tan empequeñecidas en el recuerdo de la época anterior, como encogidas. Y, una vez más, estaba bien que esas torres de iglesia ya no cruzaran el país en todas direcciones, tan llamativas y dominantes, índices señalando el cielo, cuando no incluso amenazando con el cielo. «Tal como hoy se elevan insignificantes, de juguete, parecen estar más y mejor en su lugar». —«¿Juguetes?». —«Sí, para un juego serio». —«Buena Ciudad Nueva: ¿hablas en serio?». —«Casi».

Tampoco la estación de autobuses, a pesar de ocupar toda la calle a lo largo y a lo ancho, daba impresión de centro, sino que parecía una más en la sucesión de todas las periferias. Esperando bajar en el pasillo central, detrás del último de los pasajeros, le llamó la atención que los cordones de una de las botas de la mujer que iba delante de él, muy largos, se habían desatado. La mujer parecía tener prisa, como si fuera a salir corriendo ahora mismo, cuando se abriera la puerta del bus. La vio mentalmente caer de espaldas, retenida por el cordón, y se le acercó, le tocó suavemente un brazo y le hizo notar el peligro. ¿Lo era,

«El mensaje decía lo siguiente: su hermano,
el más joven de los tres, había muerto. Miembro
de una división de la legión extranjera destinada
en los trópicos desde hacía años, una
“bala enemiga” lo había alcanzado en la cabeza.
Muerto en el acto. “Su hermano no ha sufrido”».

La balada del último cliente

Peter Handke

La balada del
último cliente

Traducción de Carlos Fortea



Alianza Voces

Título original: *Die Ballade des letzten Gastes*

Primera edición: septiembre de 2026

Diseño de colección: Manigua

Imagen de portada: Dranzen Nesic en Pixnio

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2023, Suhrkamp Verlag AG, Berlin
© de la traducción, Carlos Fortea Gil, 2026
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-288-7

Depósito legal: M-10499-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

1. Sobre la muerte de un forastero	11
2. La balada de El último cliente	45
3. La balada del último cliente	145

«πῇ κεν ὑπεκπροφύγοιμι;
¿Dónde podré refugiarme?».

Homero, *Odisea*, 20/43

«Quería empezar a tocar con una silenciosa tristeza...
y poco a poco aproximarse a un sentimiento
de profunda pena».

Carson McCullers, *Wunderkind*

1. Sobre la muerte de un forastero

Tiene que haber sido un día tranquilo de finales de verano o principios de otoño. El hombre en cuestión iba de camino a su región natal. Ya llevaba en camino unos días, en avión al principio de su viaje, luego había cambiado a un segundo avión, para volar por fin a su país de origen, luego a un tercero. El resto del trayecto lo había hecho en autobús, como en su infancia y en su etapa escolar, aunque en tren habría llegado mucho antes aquí, a la gran aglomeración.

Le alegraba pensar en los días que le esperaban —su semana de vacaciones— con sus padres y su hermana, mucho más joven que él, ¡y cómo!, y más aún, no, de distinta manera, pensar en el lugar, la aldea, el pueblo y el bosque, los pueblos vecinos y los bosques sucesivos, otra vez: no, más bien en lo que aún quedaba de todo eso aquí y allá, tanto en los centros como en los márgenes, después de décadas, fragmentario, como «rocas erráticas» invisibles a primera vista pero, de eso estaba seguro, existentes y listas para ser rastreadas. Solo que: ¿para qué? No había un para qué.

De vez en cuando, el autobús viaja, como al margen de toda civilización, por una carretera ancha y casi sin curvas, como por territorio despejado. Hacia todos los horizontes, a veces cerca, a veces lejos, una naturaleza sin personas; y él volvía a encontrarse en uno de los viejos autobuses regionales, que como marca en los flancos llevaba pintado, en vez del estirado y volador «Greyhound», un antílope que volaba por los aires de forma totalmente distinta, cuando no un delfín.

¿Así que otra vez las partidas de cartas vespertinas con el padre, que, salvo por el anuncio de las bazas, solían tener lugar en silencio? Estaba bien así. ¿Y otra vez el interrogatorio de la madre, mudo, tan solo con los ojos, que luego pasaba regularmente a un sonoro relato, en la cocina o en el banco del patio, a pesar de que —pensemos en que el patio ha quedado desplazado por todas las construcciones nuevas, parcela tras parcela, y finalmente borrado del mundo—, a un brazo de distancia del banco, había un muro de separación con los desconocidos vecinos, a los que solo se distinguía por sus voces? ¿Otra vez todas las historias maternas? Muy bien, muy bien. ¿Y otra vez las historias de hombres de la hermana, que iba a servirle con sus penas de amor al hermano mayor, desde siempre su persona de confianza, en el cobertizo convertido en vivienda de una sola habitación, todas aquellas penas de amor fraterno, esta vez posiblemente acentuadas por el sonoro intercalado de un, según la noticia, niño pequeño que justo ahora empezaba a tambalearse sobre sus piernecitas infantiles (ah, miedo desde el principio, a menudo cercano a algo parecido al sentimiento de culpa, en vista de todos esos retoños transportados y llevados en cochecito por las calles y plazas, aún sin un lenguaje habitual, especialmente en vista de, otra vez todos, esos ojos grandí-

simos)? ¿Por qué no? ¿Por qué no exponerse a eso, incluso, como hemos dicho, alegrarse, al menos ahora, todavía solo, aquí, en el autobús interurbano, que vive dios, no era viejo, sino como recién salido de fábrica, reforzado por el sonoro atronar, como venido de lejos, de unos motores imprecisos, lejano atronar, por momentos incluso un sonido venido de las profundidades, del profundo subsuelo, y además él el único de los pasajeros en las últimas filas, los otros dispersos, a distancia, aquí y allá una nuca? «¿Sí, por qué no? Ya veremos». —«¿Nosotros?». —«Sí, nosotros».

Llevaba mucho tiempo sin mujer, tampoco tenía hijos, vivía y trabajaba desde que había memoria —la suya— en otro continente, digamos «territorio» o, según su propio uso del lenguaje, «parte de la Tierra». (Que cada uno se imagine en cuál). Y allí, en el otro continente, para pasar esa semana en su casa, y de un día para otro, había interrumpido precisamente aquello para lo que —y, por otra parte, de lo que— vivía desde que tenía memoria, y que él llamaba «mis expediciones unipersonales». Y esta expedición había sido interrumpida después de alcanzar la penúltima etapa, en medio de los preparativos para la etapa final. ¿«Preparativos»? «Equipamientos».

Allí, al otro lado del mar, quién sabe por qué, le había parecido que formaba parte de tales equipamientos cubrir una etapa intermedia en su antigua región de origen. No había tenido ninguna idea del Qué y el Cómo de aquella etapa, como mucho, durante un momento, una intuición, sin una sola imagen, por fugaz que fuera. Tampoco la quería. ¡Nada de imágenes, sobre todo si tienen contornos definidos! Y aunque esperaba de vez en cuando algo «gráfico» que por así decirlo

amenazaba con venir volando desde atrás, daba, al menos en su interior, un paso a un lado para rehuirlo, como en una pista de baile o un terreno de lucha, y la flecha gráfica erraba el tiro. Y ahora, en la parte trasera del autobús interurbano, ya ni siquiera tenía una intuición de lo que podía esperarle en lo que se llamaba «su círculo natal», y no digamos de lo que había querido rastrear o buscar allí para poner término a su expedición. «¡No se me ha perdido nada en casa, nada!», se decía en silencio a sí mismo. —«Y precisamente eso es lo que te atrae». —«Sí, es extraño». —«O no». —«Sea como sea: alegría». —«No te la echas a perder, no seas tu propio aguafiestas, como ha ocurrido no pocas veces. No te salgas del sendero, amigo: ¡paso a paso!». —«¿Como pasajero, tranquilamente sentado?». —«Sí, también en silencio, un pasajero».

Hacía mucho que el autobús interurbano había doblado hacia la aglomeración. Sin transición, tomaba una curva, y otra, y otra. Luego, digamos después de cada tercera curva, era como si la carretera volviera a discurrir por campo abierto, hacia el ancho horizonte, o, al contrario, se hiciera visible algo parecido al centro, o por lo menos uno de los centros. Nada de eso: en su lugar, cada vez nuevamente la periferia, aunque una distinta en cada ocasión; y no una ajena o quizá incluso hostil, más bien, probablemente también gracias a las más bien suaves curvas, una (casi) amigable, a primera vista en cualquier caso (casi) acogedora. Lo llamativo era que de los muchos, o no pocos, rascacielos, cada uno de ellos se levantaba aislado, y el siguiente lo mismo, a un tiro de lanza, «en medio» comparado con el que se encontraba en primer plano —creando así (casi) un ritmo de todos los rascacielos de la gran aglomeración—, rascacielos que, en todo caso a primera vista, se alzaban «en campo

abierto», transformada la palabra del poeta en una de esas casas no tan altas de un siglo pasado. Encajaba con esto que en esa Ciudad Nueva que salpicaba menos que llenaba el paisaje también las líneas horizontales que se cruzaban y separaban, al menos las del fondo, parecían darle la bienvenida a él, el forastero, o el que ahora era un forastero aquí, y también los trenes locales, los tranvías y los metros elevados que transitaban sobre altos pilares, en forma de tangentes móviles inaudibles e incessantes, que integraban a la civilización los más remotos asentamientos. Al segundo o tercer vistazo reconoció incluso aquí y allá la torre de una de las «no muchas, pero tampoco pocas», iglesias de pueblo, torres a los pies de los rascacielos, tan empequeñecidas en el recuerdo de la época anterior, como encogidas. Y, una vez más, estaba bien que esas torres de iglesia ya no cruzaran el país en todas direcciones, tan llamativas y dominantes, índices señalando el cielo, cuando no incluso amenazando con el cielo. «Tal como hoy se elevan insignificantes, de juguete, parecen estar más y mejor en su lugar». —«¿Juguetes?». —«Sí, para un juego serio». —«Buena Ciudad Nueva: ¿hablas en serio?». —«Casi».

Tampoco la estación de autobuses, a pesar de ocupar toda la calle a lo largo y a lo ancho, daba impresión de centro, sino que parecía una más en la sucesión de todas las periferias. Esperando bajar en el pasillo central, detrás del último de los pasajeros, le llamó la atención que los cordones de una de las botas de la mujer que iba delante de él, muy largos, se habían desatado. La mujer parecía tener prisa, como si fuera a salir corriendo ahora mismo, cuando se abriera la puerta del bus. La vio mentalmente caer de espaldas, retenida por el cordón, y se le acercó, le tocó suavemente un brazo y le hizo notar el peligro. ¿Lo era,